

de esclarecerlos. Los demás autores no definen las nociones que enmarcan sus evidencias empíricas y no despejan una serie de preguntas centrales: ¿por qué fracasaron las numerosas políticas de salubridad?, ¿cómo podría explicarse que en casi trescientos años la población se resistiera a cambiar sus hábitos de higiene?, ¿las políticas sanitarias lograron modificar el patrón demográfico del antiguo régimen? Estas preguntas y otras más podrían responderse si la estrategia narrativa hubiese enfatizado más los ejes temáticos medulares.

Por último, cabe mencionar que el tema de la salud y los desechos conlleva una interdisciplinariedad necesaria entre la historia y las ciencias sociales. Por ello, futuras investigaciones historiográficas que aborden el tema del agua, las basuras y las enfermedades no podrán ignorar estos ensayos. Para la historia económica, la antropología y la historia de las mentalidades, entre otras disciplinas, *Limpiar y obedecer* ofrece importantes evidencias materiales de las transformaciones que, en el largo plazo, tuvieron las ciudades, sus mercados y regiones de influencia. El estiércol y los desechos industriales pestilentes permiten recabar datos inesperados sobre cambios económicos y sociales de larga duración: hábitos de consumo, redes de intercambio, problemas de abasto, relaciones campo-ciudad, etcétera.

Con respecto a las mentalidades, queda por investigar hasta dónde los “usos y costumbres” resisten la implantación de una concepción racionalista de la higiene y la salud colectivas. La transición de una mentalidad corpora-

tiva a otra de tipo republicana, ciudadana, en efecto, pasó también por las letrinas, el uso de las fuentes públicas y el cuerpo humano.

Guillermina del Valle Pavón
INSTITUTO MORA

José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto Mora/ Universidad Iberoamericana, 1993, 327 pp.

La profesionalización de la historia asociada a la institucionalización del quehacer historiográfico, marcados ambos por la impronta del pensamiento científico, desembocaron en la formulación de normas metodológicas destinadas a diferenciar el discurso del historiador y el del no historiador. Diferencia que mantuvo prolongadamente en compartimentos estancos el discurso histórico, reputado “verdadero”, y la ficción.

Con base en este “a priori”, los historiadores desdijeron por mucho tiempo considerar como objeto de estudio las producciones de ficción literaria.

La historiografía sostuvo la ilusión de que ella era la única productora de verdad acerca del pasado cuyo desdijamiento, cada vez más completo y sutil, se iba realizando progresiva y acumulativamente de una manera interminable.

La literatura, por su parte, segura de su efecto en un amplio público, siguió su curso, al margen de la pretensión de verdad, y se apoyó en el ejerci-

cio de su propia crítica desentendiéndose de la historiografía.

Así es como Guillermo Zermeño caracteriza nuestro entorno historiográfico al presentar la obra: *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, que considera como “una astilla en el ojo de la historia naturalizada como ‘científica’”.

De tal suerte que en esta separación de cuerpo por mutuo desconocimiento, el libro de José Ortiz Monasterio vendría a constituir un “novedoso” intento de reconciliación.

En efecto, el estudio de José Ortiz Monasterio marca un hito en la historiografía decimonónica reciente: señala el fin de un “maniqueísmo epistemológico” incapaz de contener por más tiempo los embates de una concepción totalizadora de la historia, a la vez que reubica en su cauce esencial —literario— la escritura de ésta. Al mismo tiempo logra, sin abandonar la posición del historiógrafo, abrir un espacio para el “reencuentro” de la historia con la literatura.

José Ortiz Monasterio se interna en este campo-frontera siguiendo la huella de un personaje privilegiado: Vicente Riva Palacio, arquetipo de figura decimonónica, que conjuga en una sola persona el ejercicio exitoso de la literatura y de la política, del periodismo y de la poesía, de la historia y de la diplomacia, sin excluir la creación dramática ni la investigación científica.

Entre las múltiples facetas de esta compleja personalidad, José Ortiz Monasterio decidió interesarse por el historiógrafo, por el promotor y el corredactor de *México a través de los siglos*, la obra histórica de mayores al-

cances en el siglo XIX, que goza todavía hoy de una amplia difusión y sigue siendo una referencia insoslayable. Le pareció notable que Vicente Riva Palacio se hubiera acercado a los temas históricos por la vía informal del escenario teatral y de la narrativa novelística. Así prestó atención a estas producciones, ignoradas por la historiografía, y se propuso examinarlas para aclarar cuáles habían sido las fuentes utilizadas por D. Vicente, los temas que había preferido abordar, los métodos de exposición a los que recurrió y con qué intenciones, las interpretaciones de la historia que sus obras divulgaban explícita o implícitamente, el impacto que habían tenido sobre la sociedad en que fueron producidas.

Al llevar a cabo su investigación, José Ortiz Monasterio no sólo refrescó nuestra percepción de la trayectoria literaria de una figura señera de la historiografía nacional, sino que delineó un objeto de estudio hasta ahora desatendido. Ello lo obligó a tocar una cuestión que el avance de los trabajos sobre los sistemas de significación de un texto y sus diversas matrices de lectura, así como la reflexión sobre la polisemia de la imagen ligada al desarrollo del cine y la televisión como instrumentos privilegiados de difusión y conocimiento en nuestra civilización, ha vuelto a poner a la orden del día: la relación entre historia y ficción. O dicho de otro modo, ¿qué buscamos al irnos al pasado?, ¿de qué nos alejamos?, ¿a qué nos acercamos?, ¿qué queremos reconstruir?, ¿cómo lo hacemos?, ¿de qué aspecto del presente estamos hablando a través de la parábola histórica? Al contestar estas

preguntas José Ortiz Monasterio descubrió con sutileza los propósitos políticos que animaban a Vicente Riva Palacio cuando escribió sus dramas o sus novelas históricas, cuya aparente lejanía en el tiempo no era más que un pretexto para exponer ante el espectador o el lector sus puntos de vista y juicios de valores sobre asuntos entonces tan actuales como el papel del clero en la sociedad o el espíritu patriótico.

También puso de manifiesto la preocupación de una generación por usar las formas de comunicación masiva de la época —el teatro y la novela— para “educar el corazón”, es decir conformar la sensibilidad nacional. Tarea previa a la construcción deliberada de una “cultura nacional”, empresa en la cual *México a través de los siglos* figuraría, años más tarde, como una de las piezas más significativas.

Ahora que se desdibujan las fronteras entre las ciencias sociales y que la historiografía se enriquece con las aportaciones de otras disciplinas recurriendo a conceptos y métodos de trabajo antes privativos de otros dominios del saber, el historiador acepta, siguiendo los pasos de Luis González y González, que “todo es historia” y se preocupa al igual que el novelista o el poeta por desenredar las trampas de la “memoria”, con sus infinitas variaciones, eclipses y manipulaciones. Pero ante todo concibe la finalidad de su trabajo como la de “explicar el pasado” partiendo de la experiencia presente con la cual se confronta, al igual que el sociólogo o el antropólogo también ocupados en analizarla y “explicarla”, aun cuando deba reconsiderar

con base en los descubrimientos recientes de lingüistas y estudiosos de la literatura, respecto a los intrincados niveles de lectura de un texto, la posible ingenuidad de su acercamiento a los documentos.

El libro de José Ortiz Monasterio emprende el examen de quince obras teatrales, de extensión variable, producidas al alimón en dos años (1861-1862) por la mancuerna Vicente Riva Palacio y Juan A. Mateos. Entre las trece que fueron puestas en escena, seis son indiscutiblemente dramas históricos. Por otra parte, estudia siete novelas históricas publicadas por Vicente Riva Palacio entre 1868 y 1872, de las cuales seis se refieren a la época colonial y una, *Calvario y Tabor*, a la guerra de Intervención francesa en Michoacán, la cual apenas acababa de terminar.

En opinión de José Ortiz Monasterio, estos dramas —todos ellos escritos en verso— constituyeron en su momento una mediana imitación del teatro europeo de cuño romántico. Sin embargo los autores, imaginativos y nacionalistas, procuraron innovar y mexicanizar la escena en cuanto a temática, ubicación y caracterización de los personajes, haciendo burla del teatro convencional y extranjerizante en *Borrascas de un sobretodo*, o ridiculizando la hipocresía de los mochos en *Temporal y eterno*. Deseosos de singularizarse en relación con las producciones del momento, V. Riva Palacio y J.A. Mateos recurrieron a la politización del escenario, adelantándose cincuenta años a las revistas satíricopolíticas que conocieron un éxito tan singular en los escenarios capitalinos

después de la revolución. En algunos de aquellos “juguetes cómicos” como se decía entonces —prefiguración del moderno “*sketch* político”— se acumulan las alusiones humorísticas a la actualidad (al reglamento de Guillermo Prieto, o a los matrimonios civiles celebrados ante Anastasio Zerocere, por ejemplo) y se satiriza a personajes políticos del momento (al gobernador Juan José Baz en *El incendio del Portal de Mercaderes*, cuyas corbatas rojas y verdes son motivo de repetida burla). Aun cuando las crónicas publicadas por Francisco Zarco, el más influyente crítico teatral del momento, no siempre hayan sido elogiosas para los autores (destacando que “las gracias y ocurrencias festivas de los señores Riva Palacio y Mateos son gala de un día que nadie comprenderá dentro de algún tiempo”), no fueron suficientes para frenar el entusiasmo del público, que prodigaba sus aplausos a los actores y a los autores.

La investigación realizada en torno a los dramas de Vicente Riva Palacio no se limita a un análisis de los textos rescatados; incluye una valiosa recuperación de información sobre las funciones teatrales, los hábitos y actitudes de los actores, el significado que podía tener en la sociedad de aquel momento la frecuentación de los teatros, espacio de reunión civil que ofrecía una alternativa a la sociabilidad tradicional, centrada en las funciones religiosas. De modo que al reconstruir para el lector las condiciones materiales que prevalecían en los teatros de entonces, José Ortiz Monasterio hace gala de una erudición oportuna demostrando que estos dramas respon-

den a una concepción teatral hoy obsoleta. Sin embargo, si consideramos que la mayoría de estas obras fueron escritas para los escenarios capitalinos en los años de 1861-1862, cuando la intervención tripartita amagaba a la nación o después del desembarco de las fuerzas francesas de intervención, resulta evidente que los autores tenían un interés patriótico en llevar a cabo, a través de ellos, un proselitismo político e ideológico.

José Ortiz Monasterio ubica las producciones literarias que examina, no sólo en la perspectiva del panorama histórico nacional, evocando con eficacia, por ejemplo, la amarga experiencia que significó la guerra de Intervención francesa en el devenir nacional, sino que ubica aquellos textos en relación con las grandes corrientes estéticas que los soportan: el teatro romántico concebido como una forma privilegiada de educación masiva, “una escuela de costumbres y afectos”; la novela histórica, presentada como el gran éxito de la narrativa decimonónica, íntimamente asociada a los progresos de la prensa periódica, que se expande como una pandemia mundial desde su natal Inglaterra hasta las otras naciones europeas y de la América española.

Como lo había hecho para los dramas, José Ortiz Monasterio busca documentar las condiciones materiales que rodearon la producción de las novelas históricas que Vicente Riva Palacio publicó, ya sin compartir autoría, después del triunfo republicano de 1867. Todas —nos dice— fueron publicadas por entregas, editándose cada novela en 20 entregas de 32 páginas

en 4º de folio, que costaban un real en la capital y real y medio en el interior de la república. Por tanto, el costo total de cada novela alcanzaba los 2.50 pesos en la capital y 3.75, en provincia.

A diferencia de los dramas, completamente ignorados hoy, las novelas históricas de Vicente Riva Palacio conservan un público de lectores que aprecian más la nutrida trama de sus aventuras que las inquietudes históricas de su autor. En su momento fueron muy exitosas (casi todas reeditadas dos o tres veces) y la prolongada popularidad de algunas las convirtió en objeto de estudio, casi siempre de índole literaria. José Ortiz Monasterio rastreó estos trabajos y obtuvo de ellos las aportaciones que enriquecerían su perspectiva historiográfica.

En conjunto, la redacción de estas seis novelas constituyó una preparación para la realización de las grandes tareas históricas a las que finalmente se abocaría D. Vicente.

La producción de los dramas había familiarizado a Riva Palacio y a J. A. Mateos con las reacciones del público, sus entusiasmos, sus anhelos; la de las novelas lo familiarizaron con el manejo de una documentación en la que ocupa un lugar privilegiado lo referente a la Inquisición.

En su libro, José Ortiz Monasterio muestra cómo el tema dominante en las novelas históricas de Riva Palacio, telón de fondo sobre el cual se dibuja cada episodio particular, es el de la independencia nacional, al grado de que casi todas giran en torno a insurrecciones o tentativas subversivas que de algún modo cuestionaron el dominio

español sobre Nueva España. En *Los piratas del Golfo* se alude a imaginados planes para arrebatar al control de España las islas del Caribe y Nueva España, en *Memorias de un impostor* se trata de la revolución del irlandés Lampart, en *La vuelta de los muertos* el tema es la fracasada rebelión de los indios contra la corona española. Sin embargo, dentro del mundo colonial reconstruido por Riva Palacio, el Tribunal de la Santa Inquisición es el que ocupa el lugar más visible. Presentado con aspecto siniestro, con sus cárceles atemorizantes y la arbitrariedad de sus jueces todopoderosos, ofrece una imagen oscura de las intrigas del alto clero y de su ambición de poder, y constituye el eje en torno al cual se construyen tres novelas: *Monja y casada*, *Martín Garatuza*, y *Memorias de un impostor*. Fue éste el tema que causó mayor sensación entre los contemporáneos del autor, a quienes se aseguraba que los sombríos cuadros presentados en las novelas eran el fiel trasunto de la realidad. Punto muy discutible hoy en que las investigaciones recientes (de Solange Alberro, por ejemplo) han demostrado lo excesivo de tal visión. Pero lo cierto es que el novelista forjó en torno a la Inquisición una imagen terrible que aún predomina en la imaginación popular.

Sin duda, los conflictos entre la Iglesia y el Estado que a Riva Palacio le tocó vivir en el curso de la guerra de Reforma y años subsiguientes fueron determinantes para la elección de los temas de sus novelas. Conviene recordar que al ser diputado al Congreso en 1861 fue el principal promotor de la iniciativa tendiente a publicar las cau-

sas célebres contenidas en el archivo histórico de la institución, razón por la cual conservó, por años, bajo su custodia, dichos documentos.

A través de sus novelas presentó abusos y atrocidades que aparecían como añejos antecedentes de un comportamiento clerical inaceptable y permitían justificar, ante una sociedad enteramente católica, la abolición de los privilegios del clero, la desamortización de sus propiedades y la supresión de los conventos. En 1868, después de derrotar a la reacción en los campos de batalla, los liberales debían derrocarla de lo íntimo de las conciencias. En este sentido, las novelas históricas de Riva Palacio pueden leerse como una brillante apología del liberalismo y fueron sin lugar a duda un instrumento publicitario eficaz.

A pesar de sus exageraciones y de los extravíos de su imaginación, inspirados en el deseo de atacar directamente al clero mexicano, hay que conceder a Riva Palacio el mérito de haber incorporado, gracias a ellos, el pasado colonial a la conciencia mexicana. En sus temas supo explotar el antiespañolismo generalizado que entonces brotaba a flor de piel con la mayor facilidad.

La fascinación que sintió Riva Palacio por esta etapa de la historia mexicana fue suficiente para alentar durante seis años su afán literario que le permitió llenar miles de páginas. La investigación en diversas fuentes que él se impuso para ambientar sus novelas y reconstruir los elementos materiales necesarios para darles veracidad, fue un elemento importante que lo condujo a redactar una década más

tarde el tomo de *México a través de los siglos* consagrado a la colonia y que consideró entonces como la etapa embrionaria de la historia de México.

El trabajo de José Ortiz Monasterio, sólidamente documentado, ilustrativo de la amplitud de sus criterios históricos y literarios, demuestra brillantemente cuánto ganó la historiografía mexicana con el rompimiento de tabúes torpemente "cientistas". Al leer el libro *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, ameno, ágil, felizmente escrito, el lector se sorprende al desear que proliferen los actos "iconoclastas" contra los dogmas. Al parecer los jurados de dos importantes premios de historia compartieron este anhelo, pues aprobaron con sus votos el trabajo del autor, otorgándole por un lado el premio de la mejor tesis de licenciatura en la Universidad Nacional Autónoma (Premio Marcos y Celia Mauss 1992) y por otro el premio Francisco Javier Clavijero del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Apuesto a que el lector común, recorriendo este libro, también se dispondrá a otorgarle, sin vacilaciones, el premio de su aprecio y de su adhesión.

Nicole Giron
INSTITUTO MORA

Beatriz Rojas, *Los huicholes en la historia*, CEMCA/INI, México, 1993, 224 pp., ils.

La etnohistoria se ha constituido hoy en disciplina autónoma al modificar